

Francisco Páez de la Cadena

ALZHEIMER

(a E.)

Nunca más
el hueco de la mano acunando la taza de café.
Ni el destello de los ojos al decir la palabra.
Ni el gesto de reír sabiendo
en conciencia
que se ríe.
Sólo la madera crujiente y deslavada
de un pasillo que día a día se alarga en sus pasos
de enfermo
y un suspiro último
que deja el resto de la vida
vivida
en suspenso.

ABRAZOS

Un abrazo.
Su música.
El bosque abierto de los brazos desnudos
que se ciegan en sí,
que se recogen como una flor nocturna.
Un abrazo y su historia,
brutal,
descabellada.
Abanicos de brazos,
ciclones,
piel y ansia.
Una reja de carne.
Una prisión del alma.
Abrazar como tantos.
El abrazo del oso.
El ímpetu,
la garra.

No te vayas,
espera.
Soy silencio en tus brazos.

UNA MAÑANA

Un recuerdo persiste:
el verde de la pluma
del ala
del pájaro
en su jaula
sobre el aparador
mientras entro
descalzo
pisando esas baldosas
del verano
tan frías
a tiempo de ver
la puerta entreabierta
de la jaula
del pájaro
que indeciso
gravita
un instante
pisando con patas
de garras muy finas
el mármol desnudo
del aparador
y se pierde volando
y atrás deja una pluma
que recojo en mis manos.

Tintura verde
de su rastro leve
mojando de asombro
en aquel verano
mis manos de niño.